

DISQUISICION KEYNESIANA

GERMÁN BERNÁCER

Madrid

LAMENTO no haber conocido antes la crítica que de un trabajo mío publicado hace cinco años en esta importante revista¹ hizo a la sazón el Sr. Josué Sáenz,² persona a la que guardo especial gratitud desde que tradujo para el Prof. Robertson mi opúsculo *Teoría de las Disponibilidades*; no la menoscaba en lo más mínimo la aspereza de su crítica posterior. Acaso mi respuesta resulte ahora baladí, ya que no cabe suponer que tan clara inteligencia como la del Sr. Sáenz persista tanto tiempo en el error. Si es como creo, mi tardía réplica será como lanzada a moro muerto. Aun en ese caso, espero que no carecerá de interés para los lectores un debate sobre este punto de la teoría económica. Así, confío en que mi artículo encontrará la misma hospitalidad que tuvo la amabilidad de ofrecer espontáneamente al trabajo criticado y a la crítica del Sr. Sáenz.*

I. El silogismo keynesiano

Me acusa ante todo el Sr. Sáenz de incompreensión hacia las ideas de Keynes, y en particular de aquel silogismo expuesto en la

¹ Germán Bernácer, "La teoría monetaria y la ecuación del mercado", EL TRIMESTRE ECONÓMICO, vol. VIII, núm. 2, julio-septiembre de 1941, pp. 169-204.

² Josué Sáenz, "Una nota sobre la teoría monetaria y la ecuación del mercado de Germán Bernácer", EL TRIMESTRE ECONÓMICO, vol. VIII, núm. 3, octubre-diciembre de 1941, pp. 521-525.

* EL TRIMESTRE ECONÓMICO se complace de que en sus páginas aparezcan importantes controversias teóricas entre destacados economistas iberoamericanos. Con la certeza de que estas discusiones redundarán en beneficio de la Economía en nuestros países, se ofrece hospitalidad gustosamente al Sr. Bernácer, lo mismo que de nuevo al Sr. Sáenz, cuya réplica aparece en las pp. 652-661, y a cualquier otro economista que tenga algo que aportar al tema. [Nota del Director.]

EL TRIMESTRE ECONOMICO

p. 63 de su *Teoría General*³ y del que el Sr. Sáenz da una nueva versión, que luego veremos. Por lo pronto examinémoslo en su forma original:

a) Ingreso = Valor de la producción = Consumo + *Investment*

b) Ahorro = Ingreso — Consumo.

Luego c) Ahorro = *Investment*.

El burdo error contenido en este razonamiento es involucrar conceptos reales y monetarios, considerándolos como sinónimos, cuando no son más que correlativos. Yo digo que lo único evidente es que el valor de la producción se descompone en valor de artículos de consumo y valor de artículos de producción, pero consumo e inversión son otra cosa. El consumo es un concepto real, y el gasto un concepto monetario. Esto el vulgo lo distingue bien. Si ahora el coste de la vida es doble que hace algún tiempo, la gente lo expresa diciendo que tiene que gastar doble para consumir lo mismo que antes, y que, si no puede gastar más, tiene que contentarse con consumir la mitad. Sin embargo, se ve claro que, en el primer término de su silogismo, Keynes identifica estas dos cosas diferentes, lo cual convierte su razonamiento en un sofisma.

Algo parecido ocurre al identificar ahorro, inversión y artículos de capital en que la inversión tiene lugar. Se ahorra dinero; la inversión es convertir dinero en otras cosas, en bienes de capital si se quiere. El capital no es el dinero, sino los bienes reales con él adquiridos, que se consumen o usan en la producción de otros, lo mismo que el consumo es la destrucción de las mercancías consumibles, no del dinero invertido en ellas.

El Sr. Sáenz supone erróneamente que mi término “capitalización” es simplemente una traducción (mala, según él) del inglés *investment*, equivalente a inversión en capital; y no es así. Del

³ J. M. Keynes, *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, p. 71 de la edición en español. México, Fondo de Cultura Económica, 1945, 2ª edición.

DISQUISICION KEYNESIANA

mismo modo que no es igual consumo y gasto de consumo, tampoco lo es inversión y capitalización. Construir una cierta casa costaba, hace unos años, un millón de pesos; construir actualmente otra idéntica cuesta tres millones. Es una capitalización idéntica, evidentemente. ¿Pero es una inversión igual? No, la inversión es triple. Esto no es una invención caprichosa mía; todo el mundo dirá que el capital obtenido es el mismo que antes, y que la inversión de dinero es mayor, como no diremos que consumimos ahora más porque gastamos más, al estar las cosas más caras. La inversión, como el gasto, se refieren al dinero; el consumo y la capitalización se refieren a las cosas consumidas y empleadas en capital. El proceso de la formación de éste comprende, no dos fases, sino tres: ahorro, inversión y capitalización.

Yo siempre he dicho que la palabra capitalización se debía emplear refiriéndose a obtención o creación de capitales reales, a la *formación* del capital. Es así que Keynes emplea, según el Sr. Sáenz dice bien, el vocablo *investment* en un sentido real, puesto que “no puede considerarse como una inversión mientras no se traduzca el gasto hecho en la creación de un bien de producción”; luego es natural que yo prefiera traducir *investment* en el sentido de Keynes, por capitalización y no por inversión. Si el Sr. Sáenz encuentra palabra más apropiada, propóngala, pero siempre será motivo de confusión designar por el mismo vocablo las dos distintas ideas, como lo es confundir gasto con consumo, porque, además de pecar contra el sentido común y contra la lógica el tomarlas indistintamente cual sinónimas, eso es sembrar la confusión entre los dos términos esenciales del mercado: el dinero y las mercancías, la demanda y la oferta, los dos polos sobre cuyo análisis se ha de basar toda teoría económica valedera, ya que en su relación se halla implicada esa clave de la coyuntura que es el nivel de precios.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

II. *La versión del Sr. Sáenz*

Aunque el Sr. Sáenz se confiesa discípulo acérrimo del ilustre economista inglés recientemente arrebatado a la Ciencia por las Parcas, se ve que es partidario del proverbio "Al maestro, cuchillada", a juzgar por la manera radical de enmendarle la plana. Y es que parece que no ha sido del todo insensible a mi crítica o a otras críticas parecidas que seguramente se han hecho del procedente silogismo. He aquí su versión particular del primer término:

a) $\text{Ingreso} = \text{Ventas de artículos de consumo} + \text{Ventas de medios de producción.}$

Ya no se asimila el ingreso al valor, término vago, sino concretamente al importe de las ventas. Y puesto que las ventas de bienes de consumo y de bienes de producción abarcan todas las realizadas, la anterior proposición, más que una ecuación matemática, es una definición. Se define como ingreso o renta total de la nación el importe de todas las ventas realizadas; lo cual, con las salvedades que luego diré, es admisible.

La evolución se observa todavía mejor en el segundo término:

b) $\text{Ahorro} = \text{Ingreso} - \text{Gasto de los consumidores.}$

Lo de consumo se substituye por gasto de los consumidores, lo que ya hemos visto que es cosa distinta y desde luego mucho más exacta en este caso, puesto que con el mismo ingreso y el mismo gasto se puede consumir más o menos que antes, según que los precios hayan bajado o subido en el intervalo. Por esta mejora hay que felicitar al Sr. Sáenz, y me congratulo de poder hacerlo.

Lo malo es que este cambio deja las dos primeras proposiciones sin más engrane que el término ingreso, en vez de los dos términos comunes, ingreso y consumo, que teníamos en el primitivo silogismo keynesiano, y que permitían llegar inmediatamente a la conclusión deseada, aunque a trueque de hacernos comulgar con esa rueda de

DISQUISICION KEYNESIANA

molino de identificar consumo y gasto de consumo. El único término común, ingreso, sólo nos permite llegar a esta deducción:

$$\text{Ventas} = \text{Gasto de los consumidores} + \text{Ahorro.}$$

Aquí interviene ahora una serie de ecuaciones cuya clave son las siguientes:

$$\text{Venta de artículos de consumo} = \text{Gasto de los consumidores.}$$

$$\text{Venta de medios de producción} = \text{Gasto en medios de producción.}$$

(Lo que nos deja un poco perplejos es la afirmación de que esto no son tautologías. Tautología, dicen los diccionarios y los tratados de lógica, es enunciar una misma idea en términos diferentes; y aquí se plantea este dilema: o las dos ideas enunciadas son *dos* diferentes, que sólo incidentalmente coincidirán, y en tal caso predicarlas como necesaria y constantemente idénticas sería una falsedad; o son una misma cosa, y entonces se trataría de una tautología. El Sr. Sáenz puede escoger. Aunque acaso, si lo que se quiere significar es, a lo que parece, que el importe de las compras es necesariamente igual al de las ventas, no se trataría de una tautología, sino de lo que los anglosajones llaman un *truism*, y los hombres de la lengua hispana llamamos una perogrullada.)

La suma de las dos ecuaciones anteriores nos da:

$$\text{Ventas totales} = \text{Gasto de consumo} + \text{Gasto en medios de producción,}$$

y como las primeras se han asimilado antes a gasto de los consumidores más ahorro, la identificación entre ahorro y gasto en medios de producir (inversión) es una consecuencia ineludible.

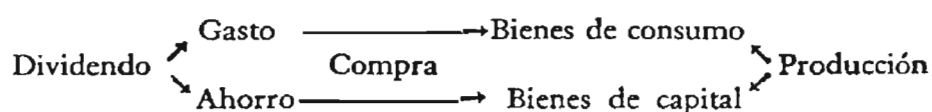
III. *La clave de la paradoja*

Ya he reconocido que la lógica del Sr. Sáenz es mucho más apretada y sólida que la de su maestro Lord Keynes. Evita el *lapsus* de saltar tácitamente de lo monetario a lo real tomando como sinónimas dos cosas distintas; claro que a costa de quedarse en lo pura-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

mente monetario, con lo cual no puede llegarse sino a conclusiones anodinas, puesto que lo que interesa económicamente es la relación entre los términos reales y los monetarios, cuyo enlace establecen los precios. Lo más cerrado del razonamiento no impide llegar a una conclusión absurda, lo cual indica un error en las premisas.

El dividendo nacional se descompone en gasto y ahorro. La producción se descompone en bienes de consumo y bienes duraderos de capital. El gasto va, por definición, a comprar bienes de consumo, y el ahorro, normalmente, a comprar bienes de capital, lo que podemos indicar gráficamente así:



Mas el que coincidan entre sí exactamente estos términos no puede ser una cuestión de lógica, sino una contingencia del mercado. Concedamos que en un momento dado haya una exacta correspondencia entre gasto y bienes de consumo producidos, y entre ahorro y bienes de capital. Si entonces le da al público por ahorrar más en conjunto, no podrá subsistir el mismo equilibrio que existiera antes entre gasto de consumo y producción de artículos de consumo, por una parte, así como entre inversión de ahorro y producción de artículos de capital. (El que inversión y ahorro sean idénticos siempre, según pretenden Keynes y Sáenz, es harina de otro costal que desataremos luego.) A todo el mundo se le alcanza que, al aumentar el ahorro, ha de disminuir la demanda de artículos de consumo, que el precio de éstos bajará, que su producción resultará menos beneficiosa y que se reprimirá. Si coincide con ello un aumento de demanda de artículos de capital, con la producción de éstos ocurrirá lo inverso, y absorberá las iniciativas y el trabajo que se aparten de la producción de los primeros. Habrá transferencia de trabajo, y no paro, en tanto la compensación sea completa. Sobre esto se basa la supuesta acción rectora del mercado.

DISQUISICION KEYNESIANA

También el sentido común contradice la pretensión de que todo el ahorro se invierta constante e invariablemente. Naturalmente, los keynesianos no pueden ignorar que quien hace un ahorro, lo mismo que puede emplearlo en un capital o en un gasto, haciendo así rodar el dinero, puede guardarlo en el fondo de la gaveta. Pero ellos pretenden que esto es lo mismo, por esa razón especiosa que repite el Sr. Sáenz, de que “el atesoramiento adicional que pueda hacer un individuo tiene forzosamente que reducir los ingresos de otros individuos que normalmente hubieran recibido cierto ingreso al vender al primero los artículos de consumo que se abstienen de comprar. El atesoramiento por parte de un individuo no hace más que reducir el atesoramiento por parte de los otros, sin que esto altere la realidad fundamental o modifique la cantidad de mercancías en el sistema económico”.

Lo que el común sentir de las gentes cree, por el contrario, es que la riqueza, las mercancías, son creadas por el dinero que rueda, y no por el que se halla paralizado. Si ahorro 200 pesos y los gasto en comprar un aparato de radio o una máquina de escribir, estimo mediante esa demanda al productor de aparatos de radio o de máquinas a que produzca otros nuevos para substituir a los así apartados del mercado, y al mismo tiempo le doy los medios de hacerlo, porque mi dinero va a reponer sus fondos gastados en la producción de las mercancías vendidas y le permiten pagar nuevos jornales, reponer su *stock* de materias primas, etc. En cambio, si guardo los 200 pesos, nada de esto se verifica; el aparato de radio o la máquina quedan en almacén, y si la huelga de compradores es algo extensa, los productores se ven sin medios de producir y sin estímulo para ello. Los primeros síntomas de las crisis son esta disminución de ventas y las dificultades financieras de las empresas productoras, que nunca sobrevienen si las ventas son activas. Pero los keynesianos se empeñan en ir contra el sentido común y la evidencia. Prefieren sus logicismos. No sé si es a esto a lo que llama el Sr. Sáenz “apegarse fundamentalmente a la realidad”.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

IV. *El punto flaco de la argumentación*

El caso es que el Sr. Sáenz logra, corrigiendo a Lord Keynes, crear una serie lógica de proposiciones formalmente irreprochables (lo que no ocurre con las originales de Keynes), mediante las cuales demuestra el mismo absurdo al que llega el autor inglés con las suyas defectuosas: el ahorro es siempre igual a la inversión. ¿Cómo es posible esto? Pues gracias a dos cosas.

La primera es que el Sr. Sáenz renuncia a establecer enlace entre el lado puramente monetario de la cuestión y el intercambio real de mercancías, es decir, entre el gasto y el consumo, por una parte, y entre la inversión y la verdadera capitalización, por otra. Recuértese que esa asimilación injustificada entre ambas cosas es lo que hacía incurrir al sabio economista inglés, desgraciadamente perdido para la Ciencia, en una verdadera petición de principio. Al renunciar Sáenz a considerar el aspecto real de la cuestión y limitarse a examinar el lado monetario, evita el sofisma, pero su demostración pierde toda trascendencia, puesto que echa por la borda uno de sus términos esenciales, y sus conclusiones han de resultar anodinas. De proposiciones tan vanas como esa de que las compras son iguales a las ventas en importe monetario, que es lo único en que son iguales (es decir, que los compradores pagan lo mismo exactamente que reciben los vendedores) no puede sacarse nada en limpio; de la nada sólo Dios está facultado para sacar algo. Así el Sr. Sáenz puede llegar, al parecer sin daño de la lógica, a concluir que el ahorro es siempre igual a la inversión, en contra de toda razón práctica.

Pero hay otro error más fundamental en las premisas. “El dividendo nacional o ingreso total —palabras del Sr. Sáenz— que se produce en el sistema económico es igual a la suma de todos los ingresos individuales, y los ingresos individuales se derivan ya de las ventas de artículos de consumo, ya de las ventas de artículos

DISQUISICION KEYNESIANA

de otro tipo, o sea, de los medios de producción o bienes de inversión”.

Aquí se advierte claramente cuál es la entraña del sofisma. Hay una causalidad y orden natural de los fenómenos. De las ventas proceden los ingresos individuales y los nacionales —admitido—, y de esos ingresos se originan demandas y nuevas ventas; pero estas últimas ventas no son las mismas anteriores, son naturalmente otras, cuyo importe puede ser, y generalmente será, diferente de aquellas que engendraron antes los ingresos a cuyas expensas se hacen. Negar esto es negar la evidencia, y al tomar indistintamente, como lo hace el Sr. Sáenz, y por supuesto todos los keynesianos, las ventas que causan los ingresos con las que esos ingresos originan, se encierran en un círculo vicioso y toman una posición estática, infecunda para explicar los hechos económicos, que por condición natural de todo fenómeno son hechos dinámicos. Lo estático no es una realidad, sino un concepto de nuestra mente, para mejor asir la complejidad de los fenómenos; sin el constante movimiento, hasta lo que llamamos materia inerte se desvanecería, de modo que si no traspasamos los linderos entre el equilibrio, que es un concepto nada más, y el movimiento, que es la realidad compleja del mundo de los fenómenos, hemos frustrado el objetivo de la propia estática, mera premisa de la dinámica.

V. *El concepto de disponibilidad*

Consideremos el instante en que comienza el período de tiempo que el Sr. Sáenz toma como base. Ninguna venta se ha realizado todavía y, por consiguiente, ningún ingreso han obtenido los sujetos económicos. ¿Quiere decir esto que no pueden tampoco hacer compras? No; las pueden hacer, como las hacen en cualquier otro momento que no sea ése que hemos elegido arbitrariamente para empezar nuestro período; y las pueden hacer porque ha habido ventas anteriores, de las cuales han derivado ingresos que *todavía*

EL TRIMESTRE ECONOMICO

no han gastado. Si no fuera así, la marcha económica se detendría. Esto quiere decir que, en cualquier momento que contemplemos, hay ingresos realizados *disponibles* para compras, y que cuando establecemos un corte caprichoso en el tiempo, deberemos considerar una cierta masa de ingresos aún *en disponibilidad*, pues los que ya se han gastado evidentemente no están disponibles para los consumidores, ni los ahorros ya invertidos están disponibles para sus poseedores, ni menos lo están los ingresos no realizados. Disponibles están los que se han percibido y no se han gastado ni invertido. Pues bien, a esa masa de ingresos todavía disponibles es a los que yo llamo *disponibilidades* en general, sin hacer alarde alguno, pues mal puedo hacer alarde de una cosa que yo no he inventado; en cualquier Bolsa latina es corriente el término, y yo lo he tomado del lenguaje de los bolsistas, que explican por la mayor o menor abundancia de disponibilidades la coyuntura bursátil y, en general, la del mercado de capitales.

El Sr. Sáenz cree que no hay por qué considerar esto, ya que “el total de disponibilidades netas no puede variar; es siempre cero”. La afirmación es peregrina; yo creo precisamente que no es nunca cero. Aunque quizás este cero no sea más que una mala expresión de la verdadera idea del Sr. Sáenz, que se basa en ese truismo de que, como dinero que unos dan es el que otros reciben (en tanto no varíe la suma total de dinero, salvedad importante que hay que hacer también), la integral de disponibilidades no se altera.

Pues si es esto lo que quiere decir el Sr. Sáenz, permítame que le diga que no, ha entendido una palabra de mis modestos escritos. Porque lo que yo procuro recalcar siempre es que las disponibilidades del mercado de capital no son todo el dinero; ni nadie de los que han empleado y emplean ese concepto en su sentido vernáculo entienden que sea así. El jornal del obrero y el sueldo del oficinista, nadie entiende que sean una disponibilidad del mercado de capitales; tienen otras cosas que hacer más importantes que comprar títulos en bolsa. Tampoco lo es el dinero que forma parte del capital

DISQUISICION KEYNESIANA

rodante de las empresas, porque para distraerlo de su función tendrían que paralizar aquéllas sus fabricaciones y obras. Disponibilidades, en la acepción bursátil, son aquel dinero exclusivamente que, no destinándose al gasto, es decir, habiéndose ahorrado, tampoco se ha invertido todavía en capital real. De haberse invertido en artículos reales de consumo o de capital, hubiera pasado a los productores, cuyo dinero, por razones que acabo de explicar, no es disponible para el mercado de capital, o a poder de los perceptores de retribuciones (ingresos), para los cuales es dinero destinado al consumo mientras no lo ahorren, y tampoco está disponible para el mercado de capital.

Yo he llamado funcional a la teoría del dinero que he propuesto (sin alardear de nada, pero sí pretendiendo saber lo que me digo), porque la baso en la diferente función que desempeña el dinero según su posición. Por eso creo (al ver con qué ligereza rechaza aquel concepto, sin considerar para nada esa base de mi doctrina, por la idea simplista que tiene de las cosas) que el Sr. Sáenz no se ha preocupado de entenderla.

VI. *Disponibilidades e ingresos*

Quedamos, pues, en que el término disponibilidad no ha sido creado por mí; es un concepto que los hombres que no se preocupan de teorías han intuitido de la realidad, indudablemente porque responde a un hecho objetivo y porque resulta útil para expresar ideas prácticas. Lo único que yo he pretendido es darle precisión científica, señalando sus caracteres y delimitando su sentido. Para mí el concepto en economía es paralelo al de potencial en mecánica. Potencial es la energía que se halla disponible; disponibilidad es la capacidad de demanda que se halla en potencial. Naturalmente, lo mismo que un potencial que se actualiza, que se convierte en trabajo mecánico efectivo, deja de ser potencial, y no es susceptible ya de realizar nuevo trabajo (otra cosa sería la realización del movimiento

EL TRIMESTRE ECONOMICO

continuo), una disponibilidad que se utiliza en una compra real, sea de consumo o de capitalización, deja de estar disponible para otra cosa. En términos más vulgares: es incompatible comerse el huevo y guardarlo para mañana. Los keynesianos pretenden lo contrario, porque el dinero allí donde esté representa una potencialidad de demanda, prescindiendo de que en manos del consumidor y del ahorrador, es decir, del comprador potencial, representa capacidad de demanda de productos acabados, en tanto que en manos del productor, esto es, del vendedor, representa capacidad de demanda de trabajo y materias primas, cosas muy diferentes, ya que el productor no producirá si no encuentra salida para sus productos a un precio remunerador; si los compradores no le repusiesen con sus compras los fondos necesarios, tampoco podría producir aunque quisiera.

Y hay una correlación necesaria entre las variaciones del fondo monetario en manos de los compradores y la magnitud de las ventas en cierto período, así como con los recursos en manos de los productores, pues suponiendo invariable la masa monetaria, cuanto más dinero retengan atesorado los compradores, menos habrá en poder de los productores y comerciantes. Esta correlación es la que yo he tratado de establecer matemáticamente. Según que haya aumento del atesoramiento de dinero, es decir, mayor paralización de él fuera del mecanismo de la producción y circulación, o desatesoramiento, las ventas de un período (= ingresos) quedarán por debajo o superarán a las del anterior en el importe de ese atesoramiento o desatesoramiento, respectivamente. La desaparición o creación del dinero vendrán a aumentar o neutralizar los correspondientes efectos. Por eso no puede aceptarse la conclusión keynesiana de ahorro = inversión, ni menos igual a capitalización.

VII. *El análisis periódico*

El concepto de disponibilidad será acertado o no, será bueno o malo para el Sr. Sáenz, mas yo creo que son las disponibilidades

DISQUISICION KEYNESIANA

que se arrastran de un momento a otro, con su variabilidad, en relación con las existencias también variables sobre el mercado, lo que mejor nos da cuenta de la mecánica de ese mercado y, por ende, de la coyuntura económica. Tal es la esencia de ésa que el Sr. Sáenz llama irónicamente mi famosa teoría. No es famosa ni sé si lo llegará a ser; sin embargo, la creo más exacta que otras que lo son; de otro modo, sería un farsante proponiéndola y defendiéndola.

Decir que es exacta, no significa que sea fácil. No lo es el asunto a que se refiere, como lo demuestra el que se hayan enredado en él muy claras inteligencias. Quizás la más seria de sus dificultades es la siguiente: en un primer instante de cualquier período sólo hay ingresos del anterior o anteriores, y a expensas de ellos se hacen las primeras ventas, las cuales producen nuevos ingresos, de suerte que en un instante posterior ya se entremezclan los ingresos procedentes de períodos anteriores con los del presente. Esto es propio de todo proceso continuo.

Esa dificultad que señalo es la que quiso eludir el profesor Robertson, introduciendo la hipótesis de una serie de períodos sucesivos (días), en cada uno de los cuales se gastaran sólo los ingresos obtenidos en el precedente, y los ingresos realizados en aquél no serían disponibles para el gasto hasta el subsiguiente, de manera que los ingresos de cualquier período serían iguales a las ventas del anterior y acondicionarían las ventas del posterior. Pero éstas no tendrían que ser necesariamente iguales a las del período precedente; siendo esto así, las ecuaciones del Sr. Sáenz caerían en defecto, desde el momento que no podrían equipararse las ventas causantes del ingreso con las promovidas por ese mismo ingreso.

Es sorprendente que el Sr. Sáenz, que ha atendido sin duda las lecciones del profesor Robertson, prescinda por completo de un punto tan importante de la teoría robertsoniana y de las críticas fundamentales de este economista a la concepción keynesiana. Uno de los grandes méritos del actual catedrático de Cambridge es haber introducido en la teoría económica el análisis por períodos su-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cesivos y, con ello, la verdadera noción del tiempo, siquiera sea un tiempo discontinuo, creando con ello la primera doctrina dinámica que hoy se halla en circulación. El Sr. Robertson, en ese artículo a que el Sr. Sáenz alude al final del suyo,⁴ ha tenido la gentileza de atribuirme (el Sr. Robertson y no yo, Sr. Sáenz) el carácter de precursor en esa obra.

Esa hipótesis simplificadora de Robertson, si bien elude una real dificultad, tiene el inconveniente de destruir la continuidad natural del fenómeno, sustituyéndola por una serie de intermitencias. Esta es la gran objeción que se le ha hecho. Mi método ha sido otro: computar la demanda total de cada período por los ingresos durante él, más o menos la desacumulación o acumulación de disponibilidades de los consumidores. Y aun mediante una división del tiempo al infinito, es posible aproximarse más, valiéndonos de los métodos del cálculo infinitesimal, a la realidad de los hechos en su constante fluir.

VIII. *El método retrospectivo*

En interpretaciones de Keynes difícilmente puede sorprenderme algo. ¡Estoy tan acostumbrado a que cada discípulo, aun de los más conspicuos, dé una exégesis diferente de la doctrina del maestro, cuando no varias distintas! El propio Keynes, espíritu al parecer inquieto y versátil, no dejaba de ser pródigo en contradicciones. Ya es muy conocido aquel chiste que corrió por Cambridge acerca del gran economista: se decía que, en una comisión de que formaba parte con otras tres personalidades, se habían manifestado cinco pareceres opuestos sobre un mismo asunto, de los cuales dos de Keynes. Esto no pasa de ser una caricatura, pero las caricaturas son exageraciones de rasgos auténticos.

Confieso que, a pesar de todo esto, la interpretación de la doctrina keynesiana como un análisis retrospectivo me deja turbado.

⁴ D. H. Robertson, "A Spanish contribution to the theory of fluctuations", *Economica*, febrero de 1940, pp. 50-65.

DISQUISICION KEYNESIANA

La imputación de mi ignorancia supina en este punto no puede ser más justa. La verdad es que yo no me había parado a considerar este aspecto. He analizado esa doctrina desde mi punto de vista, pero da la casualidad de que ese punto de vista es rabiosamente *a posteriori*, y así lo cosignaba expresamente en un artículo que debió escribirse casi simultáneamente con la crítica del Sr. Sáenz, aunque publicado algo después.⁵ Siendo así, es natural que, por inclinación espontánea del espíritu, yo haya enjuiciado la teoría de Keynes mirándola bajo el mismo ángulo que yo enfoco el problema.

Si critico la conclusión de "ahorro = inversión" no es por juzgarla como *prospectiva*, sino por parecerme falsa desde todos los puntos de vista y especialmente desde el retrospectivo de que yo la contemplo. "Es obvio —dice el Sr. Sáenz— que en un momento dado un individuo puede decidir qué cantidad de dinero desea ahorrar, que puede incluso atesorar moneda, y que no hay obligación de que invierta una cantidad igual a su ahorro. En esa interpretación *prospectiva* es evidente que el ahorro y la inversión, para un individuo dado, no tienen que ser idénticos".

Reconozco que no lo entiendo. ¿De modo que el hecho de que un individuo ahorre e incluso guarde en dinero su ahorro es un hecho prospectivo? Yo creía que se trataba de un hecho real o consumado. Podrá ser prospectivo que una persona, de su sueldo del mes próximo o del actual, piense ahorrar x pesos, lo cual se realizará o no según se desarrollen los acontecimientos. Pero que al final del mes ese individuo haya dejado de gastar x pesos y los tenga disponibles para un gasto imprevisto o para invertirlos en un capital, eso no me parece nada prospectivo, o yo no sé distinguir entre lo que es proyección y lo que es realidad.

Lo que pasa es que los señores Keynes y Sáenz, cuando dicen ahorro, piensan en la inversión o capitalización, las cuales sí que son hechos prospectivos, y precisamente porque el ahorro es en ese mo-

⁵ "La expresión fundamental del valor del dinero", *Anales de Economía*, núms. 7-8, Madrid.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

mento una realidad y la inversión una pura perspectiva es por lo que yo admito un lapso entre ahorro e inversión y capitalización, un lapso en el cual el ahorro es una simple *disponibilidad* financiera.⁶ Cuando el Sr. Sáenz dice: “que el monto efectivo del ahorro global de la comunidad es un factor pasivo que depende del gasto que se haga en el mismo período en la *adquisición de medios de producción*, en otras palabras, de la *cantidad que se invierta en equipo productor*” (subrayo yo), se advierte claramente que no piensa en el ahorro tal como lo entendemos todos, el cual no depende de lo que se haga luego con él —esto sería poner la causa detrás del efecto, o, en otras palabras, el carro delante del caballo—; piensa en la inversión y más bien en la capitalización de ese ahorro.

Es posible que en el final de los tiempos todo venga a ser lo mismo. Pero ese es un momento que no nos interesa. En este mundo que no sabemos cuándo ha empezado ni cuándo va a terminar, lo que nos importan son los acontecimientos intermedios que se desarrollan, y los desequilibrios que ocurren en ese intervalo. Si en un instante de ese fluir del tiempo hacemos un corte, siempre encontraremos hechos consumados y hechos en curso: ingresos que sus perceptores pensarán gastar o invertir, pero que todavía no han gastado ni invertido, capitales formados y productos diversos en existencia, mientras otros han sido consumidos o capitalizados.

Porque otro confusionismo de la doctrina keynesiana es no distinguir claramente cuál es el momento en que se cumple la capitalización. Para los keynesianos parece ser el instante en que un productor decide crear un medio de producción mejor que un bien de consumo. No es ése mi parecer: la capitalización, como cosa distinta del ahorro, se verifica en el instante en que un poseedor de ahorro

⁶ Acaso sea esto o algo de esto lo que Mr. Keynes, en una de las muchas enmiendas y apuntalamientos hechos a su teoría ha llamado *Finance* (véase *Economic Journal*, junio de 1937, diciembre de 1937 y junio de 1938), aunque Robertson califica de excesivamente confusos los pasajes en que el autor del *Treatise* elabora ese concepto (*Essays in Monetary Theory*, p. 13).

DISQUISICION KEYNESIANA

disponible decide invertir su ahorro en un bien de capital, ora existente en el mercado, ora productible a su demanda, y la compra o producción se realizan. Entretanto, el medio de producción, si existe, en manos del vendedor es un simple artículo a la venta, como el artículo de consumo en poder de su distribuidor, un capital circulante. Sólo al comprarlo un capitalizador se convierte en sus manos en un capital fijo utilizado como medio de producción. El ahorro queda consumado en el instante en que se aparta dinero del gasto; la capitalización sólo en el momento en que se aparta del mercado un bien durable.

¿Es esto considerar perspectivas o considerar hechos realizados, que forman fases diferentes del proceso económico? Lo que ocurre es que lo primero para ello es distinguir esas fases y cuándo se consume cada una, y establecer claramente cómo se determina su orden y su causalidad.

IX. *Keynes y la noción del tiempo*

Llegamos con esto al fin de mi argumento y a la entraña misma del error keynesiano, consistente en haber prescindido de la esencia del tiempo, una omisión que, desde la escuela eleática hasta nuestros días, ha sido madre fecunda de sofismas. Ciertamente es que nos hablan Keynes y sus secuaces de períodos y momentos, pero eso es puramente formal; lo intrínseco de esa categoría mental en que nuestras representaciones de la realidad se encajan y ordenan en una sucesión irreversible es que en él se cumplen el movimiento y la variación. Y esto es lo que una simplificación excesiva ha hecho desaparecer de la concepción keynesiana, la cual viene a situarse así en un mundo irreal y estático, una especie de palacio encantado de la Bella Durmiente, en que todo ha quedado paralizado, como en la proyección de un *film* que se atascase de pronto en el aparato proyector.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Hablar de prospección y retrospección carece en rigor de sentido en un mundo donde no hay antes ni después, donde todo ha quedado en un hoy sin ayer ni mañana, donde todo es igual siempre a sí mismo. En ese cosmos simplificado sin pasado y sin porvenir y, por consiguiente, sin devenir, la única consecuencia lógica que se puede derivar es la estabilidad permanente y absoluta.

En efecto, si todo el ingreso que no se gasta en bienes de consumo, se gasta en bienes de capital, ¿qué consecuencia racional cabe sino que el ingreso es siempre igual a sí mismo? Podría a lo sumo —en un mundo real en marcha, no en el de Keynes— distribuirse de diferente manera, pero el paro y la fluctuación económica serían imposibles.

Si Keynes hubiese trabajado fuera del espectáculo de una realidad flagrante, habría llegado lógicamente a la misma conclusión a que llegaron los clásicos para su mundo imaginario con plena libertad y libre de rozamientos: la estabilidad en el máximo progreso. Pero Keynes vivió el tiempo de las grandes crisis; sus libros fueron engendrados en la lección de ellas y, precisamente, tratando de explicarlas. Y es aquí donde sobreviene el drama intelectual de ese hombre de ciencia y de sus discípulos, que se debaten entre una premisa que comporta la estabilidad como consecuencia lógica y el anhelo de explicar la variabilidad.

Para resolver esta contradicción, todas las teorías que han entrado por este callejón sin salida, no tan sólo la keynesiana, se han visto precisadas a introducir, en sustitución del tiempo real con su sucesión natural de hechos, un tiempo ideal interpuesto entre la realidad y ciertos supuestos factores psicológicos formados de esperanzas, perspectivas, incertidumbres del futuro, prospecciones, planificaciones, conceptos *ex-ante* de cuyo contraste con las realizaciones *ex-post* se espera derivar lo que no se puede obtener de la normal causalidad de los fenómenos. Keynes se siente pródigo de tales creaciones: la preferencia de liquidez, la rentabilidad *prospectiva* de

DISQUISICION KEYNESIANA

las inversiones, la inducción a invertir, la propensión a consumir, la propensión a ahorrar, etc. ¿Son estos entes de razón, no susceptibles de cómputo ni medida, los que integran ese método rigurosamente retrospectivo que el Sr. Sáenz descubre en la obra del sabio economista inglés?

Pensaba yo que un método retrospectivo exigiría no considerar más que hechos computables estadísticamente, y estadísticas de lo meramente psicológico no las conozco ni creo que las pueda haber. No es naturalmente que lo psicológico no exista y sea un antecedente necesario de los fenómenos económicos como actos humanos que son; pero el dominio de la economía empieza cuando lo prospectivo se traduce en realidades, y plantear los problemas económicos parcialmente en aquella región que no tiene más que una existencia *introspectiva* no me parece un método ni prospectivo ni retrospectivo, sino un simple galimatías. Dicho sea con todos los respetos que me merecen los señores Keynes y Sáenz.

No sé si mis razones habrán logrado convencer al Sr. Sáenz. No creo en el poder de la dialéctica y menos en el de la mía. Si la fuerza de los hechos, de su experiencia personal, no ha conseguido desvanecer su error, dudo que lo consiga mi raciocinio. De todos modos, yo le agradezco la preciosa colaboración de su crítica, que me ha hecho repasar viejas reflexiones. Y en cualquier caso yo anhelo más su simpatía que su asentimiento. Si él sigue prefiriendo sus puntos de vista, quede con ellos en buen hora, que eso no ha de enturbiar la amistad que cordialmente le ofrezco.